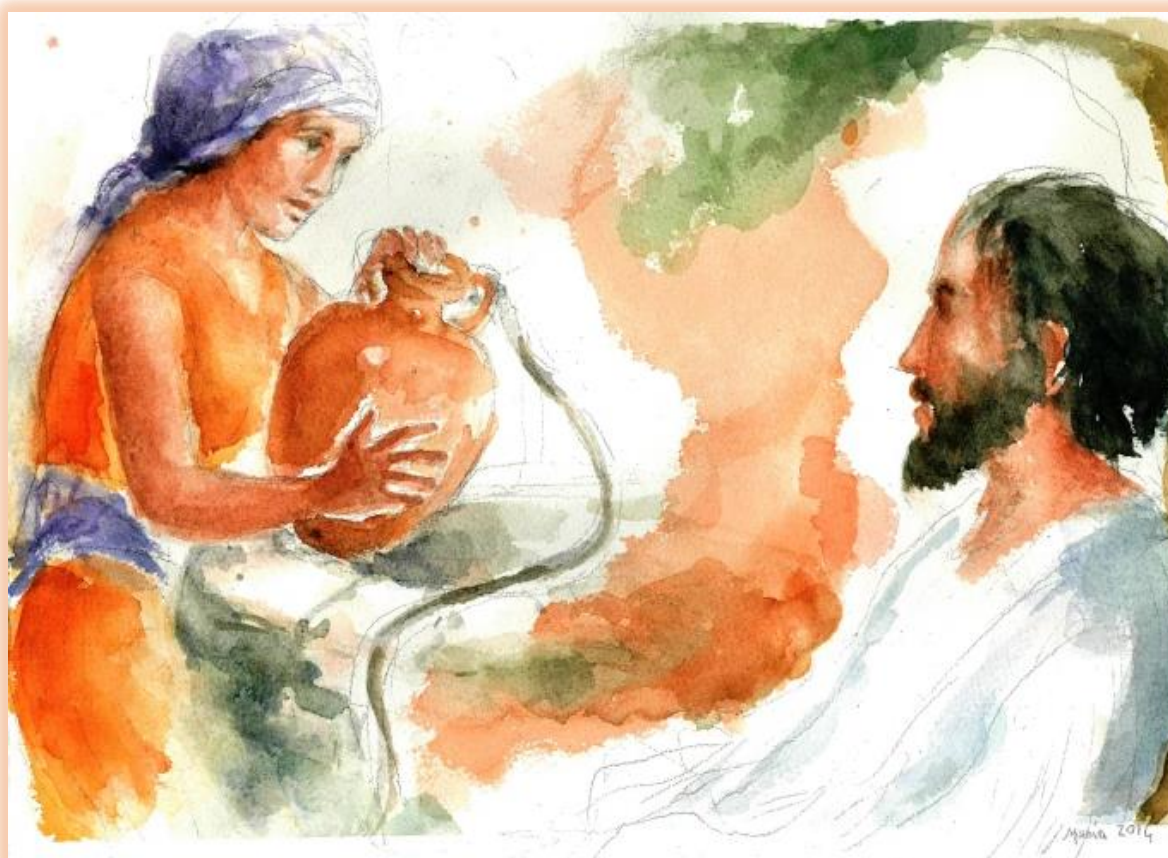


Sal y Luz

Domingo III de Cuaresma (A-B)- 7 de marzo de 2021

Nº 68 Parroquia San Carlos Borromeo

TENGO SED DE TI. Sí, esa es la única manera en que apenas puedo empezar a describir mi amor. TENGO SED DE TI. Tengo sed de amarte y de que tú me ames. Tan precioso eres para mí que TENGO SED DE TI. Ven a Mí y llenaré tu corazón y sanaré tus heridas. Te haré una nueva creación y te daré la paz aún en tus pruebas. TENGO SED DE TI. Nunca debes dudar de Mi Misericordia, de mi deseo de perdonarte, de Mi anhelo por bendecirte y vivir Mi vida en ti, y de que te acepto sin importar lo que hayas hecho. TENGO SED DE TI. Si te sientes de poco valor a los ojos del mundo, no importa. No hay nadie que me interese más en todo el mundo que tú. TENGO SED DE TI. Ábrete a Mí, ven a Mí, ten sed de Mí, dame tu vida. Yo te probaré lo valioso que eres para Mi Corazón. Oración de Santa Teresa de Calcuta-TENGO SED.



Dammi da bere, acquarello di Maria Cavazzini Fortini, maggio 2015.

*Un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna
Jn 4,5-42*

COMENTARIO

Primera lectura: Ex 17,3-7: *Danos agua que beber.*

Salmo Responsorial: Salmo 94: *Ojalá escuchéis hoy la Voz del Señor.*

Segunda lectura: Rom 5,1-2.5-8: *El amor ha sido derramado en nosotros por el Espíritu que se nos ha dado.*

Evangelio: Jn 4,5-42: *Un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.*

JESUCRISTO:

LA FUENTE INAGOTABLE DE AGUA QUE DA VIDA

“Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará” (Ez 36,25). Así reza la antífona de entrada de este domingo. Nos encontramos en el ecuador de nuestro camino cuaresmal, y en el ciclo A, **caracterizado en sus lecturas bíblicas por el tradicional itinerario hacia el Bautismo**, nos situamos hoy en el llamado «domingo del agua». En el Antiguo Testamento podemos ver, en distintos hitos, cómo Dios eligió desde el principio el agua como instrumento mediante el cual manifestar su santidad y su salvación. Así, cuando el pueblo elegido desfallecía en el desierto, Dios hizo manar agua de la roca para saciar su sed y manifestar así como Él es el Único que salva a Israel de todos sus peligros (primera lectura). En la plenitud de la Historia de la salvación, Dios Padre, por medio de su Hijo Único, saciará definitivamente nuestra sed de vida eterna mediante el don de un *agua* nueva y pura: **su mismo Espíritu**. Gracias a este nuevo y definitivo Bautismo en agua y Espíritu Santo inaugurado por Jesucristo en su Misterio pascual, nosotros, el pueblo penitente de la Nueva Alianza, nos vemos liberados del terrible peso de nuestras culpas (oración colecta), y somos elevados, por gracia, a una relación inaudita de profunda comunión con la intimidad misma de Dios. En este contexto, esta Historia de gracia de Dios con el hombre, es donde hay que situar el Evangelio de hoy, en el que se nos narra la conversación que con una mujer tuvo el Hijo del hombre mientras descansaba de la fatiga del camino, sentado junto a un pozo.

El texto evangélico de este domingo consta de tres partes: el diálogo de Jesús con la samaritana, un paréntesis en el que el Señor habla a sus discípulos acerca de la siega escatológica, y por último el testimonio de la samaritana ante

la gente de su pueblo y la posterior reacción de éstos. Nos centraremos únicamente en la primera y la tercera parte, dejando a un lado el paréntesis.

1.- Jesús, pozo de agua viva.

En los versículos previos a nuestro pasaje, el evangelista nos sugiere la intención teológica del relato. Se nos dice que, a causa de haberse extendido el rumor de que estaban aumentando sus discípulos, y que Él estaba bautizando más que Juan (v. 1), Jesús decidió volver de Judea a Galilea. Para ello, “tenía que pasar por Samaria” (v. 4). Con esta indicación se nos da a entender no sólo una necesidad física, sino también algo más: Jesús está obedeciendo una moción interior, un mandato del Padre, que le lleva a extender su mensaje de salvación fuera del ámbito del pueblo elegido (cf. v. 34). **Y el primer lugar para hacerlo es justamente el pueblo samaritano, despreciado por los judíos a causa de haber mezclado el culto a Dios con otros cultos paganos después de su conquista a manos de los asirios.** A un pequeño pueblo de esta tierra llega Jesús, y al quedarse solo, pues sus discípulos han ido a comprar provisiones (v. 8), decide sentarse a descansar. Pero no lo hace en cualquier sitio, sino en un lugar preciso: junto a un pozo situado en el terreno que Jacob diera tiempo atrás a su hijo José (v. 5-6; cf. Gn 33,19; 48,22). **Mientras los judíos se consideraban hijos de Abrahán, los samaritanos se sentían más bien hijos de Jacob,** que les había dejado en herencia este pozo, el cual viene a ser, por tanto, un símbolo de la ley que les dio el patriarca. Pues bien, en su brocal viene a sentarse Jesús, **significando con esto que Él ha venido a traer una nueva y definitiva ley.** Esto va a ponerse de manifiesto en la escena que sigue.

Se nos dice que en ese momento, “llega una mujer de Samaria a sacar agua” (v. 7a). El evangelista propone a esta mujer como símbolo de todo el pueblo samaritano, que acude al pozo de Jacob a «beber» de la antigua ley dejada por el patriarca. Lo que ocurre a continuación es verdaderamente inaudito: **era impensable en aquel tiempo que un rabino hablase a solas con una mujer, menos aún con una samaritana; pues bien, Jesús va a hacer ambas cosas.** Y el diálogo entre los dos culminará en una conversión y una confesión de fe en Jesucristo prodigiosas. Comienza con una petición aparentemente anodina por parte de Él: “Dame de beber” (v. 7b). Sin embargo, tras la sorpresa inicial de la mujer al ver que se digna dirigirse a ella, el Señor toma la iniciativa e inmediatamente comienza a automanifestarse. ¿Cuál es su intención, pues? La clave de comprensión nos la da el Prefacio de la Misa de hoy: “Al pedir agua a la samaritana, ya había infundido en ella la gracia de la fe, y si quiso estar sediento

de la fe de aquella mujer fue para encender en ella el fuego del amor divino”. **Es decir, su sed no es meramente física, sino mucho más honda; anhela profundamente el amor del corazón humano, que se ha alejado de Dios.** Tan intenso es su deseo, que se dejará incluso clavar en una cruz por esta «sed» (cf. Jn 19,28). Por eso, en este momento, impulsado por aquel ardiente deseo de que el hombre vuelva a Dios y no perezca, se ofrece a Sí mismo como fuente inagotable de vida, y se pone a disposición de la mujer: “Si conocieras el don de Dios... Tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva” (v. 10). El «don de Dios» es el Espíritu Santo; el «agua viva» es ese mismo Espíritu, que ungió a Jesús en las aguas del Jordán, y que Él entregará al ser consumada su Pasión (cf. Jn 19,30).

Así pues, sentado junto a la fuente de la ley antigua, ofrece gratuitamente a la samaritana (y a todos nosotros en ella) la nueva y definitiva ley: la de la gracia, es decir, el Espíritu mismo de Dios. La mujer reacciona en un primer momento con desconfianza e incluso con un punto de ironía; ha detectado la pretensión de Jesús de ser mayor que su padre Jacob, pero se mueve aún en un nivel de comprensión puramente material, y por tanto no lo acepta (v. 11-12). Él, empero, insiste: “el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás” (v. 13). Se está proponiendo a Sí mismo como fuente del agua definitiva, que hace brotar en el interior de la persona que la recibe un manantial de vida que calma la sed eternamente, igual que más adelante se propondrá ante los judíos como el alimento definitivo, que sacia el hambre para siempre (cf. Jn 6,35ss). Sus palabras provocan entonces en ella la misma reacción de petición que provocará su discurso posterior a los judíos: “Señor, dame de ese agua, para que no tenga más sed” (v. 15; cf. Jn 6,34, referido en este caso al pan); es una primera apertura del corazón humano al reconocimiento y la aceptación de la Revelación definitiva de Dios. Pero eso sí, una apertura aún incipiente y tímida, que puede todavía malograrse.

2.- El reconocimiento del Mesías.

La respuesta de Jesús a esa primera disposición del corazón de la samaritana es aparentemente desconcertante: parece que no se preocupa por atraerla, y casi se podría decir que le echa en cara con crudeza su vida de pecado. Sin embargo, si se piensa, es la única reacción posible, pues para que pueda recibir la nueva vida de Dios, es necesario que el hombre se ponga cara a cara frente a su verdad, ya que en Él no hay engaño alguno. **La conversión sólo es posible en la humildad de reconocer la verdad de la propia vida, por duro que**

pueda ser este reconocimiento. En el pequeño diálogo sincero que ahora se entabla (v. 16-18), podemos apreciar de nuevo el simbolismo que nos está transmitiendo el evangelista Juan: al hacerla llamar a su marido (v. 16), Jesús está haciendo ver que el pueblo samaritano ha abandonado al verdadero Dios, recurriendo al lenguaje esponsal que ya utilizase el profeta Oseas; la mujer, representando a todo el pueblo, reconoce humildemente este hecho (v. 17). Jesús entonces le muestra que el antiguo reino de Israel ha vivido en adulterio con cinco divinidades; el sexto marido es el Dios de Israel, pero viven en relación ilícita (v. 18). Al final, la franqueza de Jesús provoca en la mujer una reacción noble: constata que es un “profeta” (v. 19). El reconocimiento de su propia verdad la ha llevado a una mayor apertura a Quien tiene ante ella. Sin embargo, el camino de conversión aún no es completo.

La conversación da entonces un giro: han dejado ya de hablar del agua física y del pozo de Jacob, y la mujer plantea ahora directamente la cuestión fundamental que dividía a judíos y samaritanos: ¿dónde hay que rendir culto a Dios: en Jerusalén o en el monte Garizim (v. 20; cf. Dt 27,4-8)? En realidad, la pregunta que aletea en el interior de la mujer es: «¿Cómo he de dar yo culto a Dios para serle verdaderamente agradable?» Jesús, conocedor de lo que hay en lo profundo de su corazón, se sitúa por encima de la polémica y va directamente al grano: ni en Jerusalén ni en el monte Garizim, sino que “ha llegado la hora en que los que rinden verdadero culto al Padre lo harán en espíritu y en verdad” (v. 23), es decir, en el Espíritu Santo y en Él mismo, luz verdadera que alumbra a todo hombre (cf. Jn 1,9). Estamos ante una revelación trinitaria, que desborda la humilde comprensión de la mujer. Por eso, abrumada, le replica diciendo que cuando venga el Mesías “nos lo explicará todo” (v. 25). Momento que aprovecha Jesús para proclamar abiertamente su identidad: “Soy yo, el que habla contigo” (v. 26). Es una expresión cargada de solemnidad (gr. *egó eimí*), que recuerda la manifestación que mucho tiempo atrás Dios había hecho de su nombre a Moisés cuando el pueblo hebreo se hallaba cautivo en Egipto (cf. Ex 3,14). Jesús ha puesto definitivamente todas las cartas sobre la mesa: Él es el Mesías esperado, y más aún: es Dios mismo hecho carne.

3.- El testimonio de la samaritana.

Llegados a este punto, los acontecimientos se precipitan. Los discípulos entran en escena. La mujer, entonces —suponemos que profundamente afectada por las palabras de Jesús—, deja el cántaro en el suelo (ya no lo necesita, pues ha encontrado la fuente del agua que no se agota) y sale *corriendo*

a anunciar a su pueblo lo que ha visto y oído. Es la constatación de que se ha obrado en ella (ahora ya sí) una conversión profunda del corazón. Efectivamente, el verdadero discípulo de Cristo no se conforma con escuchar la Palabra que sale de su boca, sino que se ve fuertemente impelido a anunciar a los cuatro vientos lo que ha visto y oído. Es lo que conocemos comúnmente por «dar testimonio», lo cual no consiste sólo, ni principalmente, en pronunciar discursos más o menos brillantes, sino en poner de manifiesto los prodigios que Dios está obrando en la propia vida. Es justamente lo que hace la samaritana ante sus conciudadanos; su anuncio consiste simplemente en decirles: “Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho” (v. 29). Su antigua vida de pecado, que iba a la deriva y sin sentido, ha quedado transformada de arriba a abajo tras el encuentro con Jesús. Éste es para ella el acontecimiento fundamental, y así lo transmite a quien la quiera escuchar.

Otro detalle: su testimonio comienza con un “venid a ver”, que recuerda las palabras que Jesús dirigió a sus primeros discípulos cuando éstos le preguntaron dónde vivía: “Venid y lo veréis” (Jn 1,39). No hay anuncio del Evangelio más retador (ni más exigente al mismo tiempo para el evangelizador) que éste: la invitación a *venir* y *ver*. Si hay algo que ver, se quedarán, y si no, no merece la pena gastar el tiempo con palabras huecas. Únicamente cuando los hombres *vengan* y *vean* podrán llegar a creer por sí mismos en el Evangelio. Así ocurre con los conciudadanos de la samaritana, los cuales acaban confesando que Jesús es el Salvador del mundo (cf. v. 42). La conclusión es que sólo a través del *encuentro personal* con Jesucristo es posible para el corazón de cada ser humano dar comienzo a un proceso de conversión que culminará en el reconocimiento de Él como único Salvador y en el Bautismo definitivo en agua y Espíritu Santo.

4.- Conclusión-Comentario Espiritual.

Dios nos ha creado para lo más grande, para lo infinito, para lo eterno, para lo divino, ha venido a despertar al hombre sumergido en el letargo de una vida que poco a poco se va haciendo caduca, donde vamos experimentando el vacío de las cosas cuando no está el Señor.

Es terrible cuando el corazón del hombre ya no espera nada, cuando no quiere nada, cuando no tiene horizonte porque probándolo todo vive ya a la defensiva, **intentando que no se le escapen las seguridades que le permiten sufrir menos, estar más cobijado, pero con el corazón vacío**, con el corazón hecho deseo y pensando quizá que ese anhelo y deseo, esa sed profunda del

corazón es simplemente un error, es quizá un fallo, y no es así: **la sed que tú sientes, la sed, el anhelo que hay en tu corazón no es una casualidad, la puso quien te creó y sólo quien te creó la llenará.**

Un grito brota del corazón de Dios: «dame de beber, pídemelo y yo te daré a mí mismo, te daré mi vida, te llenaré de mí». ¡Pídele!, no tengas miedo, ¡pídele!, pide al Señor, sacia su sed, dale lo que sólo tú le puedes dar y nadie puede dar por ti, ¡pídele a Dios!

“Señor dame de beber, dame del Agua Viva, dame del Espíritu Santo, dame la vida de Dios que brota de tu corazón abierto”.

¿Has pedido? ¿Ya le has pedido al Señor? ¿Se lo has dicho? «Dame de beber», pídele, porque de poco vale saber si no vivimos lo que sabemos. Por eso nuestra fe está muchas veces muerta, caduca, fría, triste, por eso somos cristianos que no tenemos un corazón alegre, porque no vivimos lo que creemos.

No basta saber que el Señor me dice dame de beber, no basta saber que Él da el Agua Viva, hay que llegar al punto crucial, recibir esa vida que nos inunda y nos llena, y eso no llegara si tú no le pides a Dios, porque Dios te ama y te respeta siempre, no arrolla, pide, llama, sugiere.

Vamos a escuchar cómo comenta el encuentro de Jesús con la samaritana el Catecismo de la Iglesia Católica. Al principio de la cuarta parte, en la oración, comienza diciendo en el número 2559: «La humildad es una disposición necesaria para recibir gratuitamente el don de la oración: el hombre es un mendigo de Dios». **El hombre es un mendigo de Dios.**

Y en los dos siguientes números el 2560 y 2561, mirad, escuchemos lo que nos dice el Catecismo:

2560 «Si conocieras el don de Dios. La maravilla de la oración se revela precisamente allí, junto al pozo donde vamos a buscar nuestra agua: allí Cristo va al encuentro de todo ser humano, es el primero en buscarnos y el que nos pide de beber. Jesús tiene sed, su petición llega desde las profundidades de Dios que nos desea. La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él».

2561 «Tú le habrías rogado a él, y él te habría dado agua viva" (Jn 4,10). Nuestra oración de petición es paradójicamente una respuesta. Respuesta a la queja del Dios vivo: "A mí me dejaron, Manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas" (Jr 2,13), respuesta de fe a la promesa gratuita de salvación (Jn 7,37-39; Is 12,3; 51,1), respuesta de amor a la sed del Hijo único».

¡Impresionante!, repito estas palabras del Magisterio de la Iglesia: **Jesús tiene sed; su petición llega desde las profundidades de Dios que nos desea; la**

oración, dice el texto pero aquí podemos entender con toda claridad la vida cristiana, nuestra vida cristiana es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre.

Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él. La petición del Señor viene desde las profundidades de Dios, porque Dios es Amor eternamente, desde siempre, su vida es Amor, pero esto lo aceptamos mucho mejor que una revelación profunda de este ser de Dios, porque además de ser Amor en sí mismo, Dios también es amor al hombre. Sí, es amor a ti, esto es lo que el Señor quiere que creas, porque es verdad. Dios tiene sed de ti, su petición “dame de beber” llega de lo más profundo de su corazón, que te desea. **Has de saberlo, Dios te vive así, te tiene dentro, te vive y desea lo que sólo tú le puedes dar, la respuesta de amor que es siempre una respuesta a quien te ama primero.**

Hoy el Señor se acerca a cada uno de nosotros para revelarnos su misterio, Dios quiere que le conozcas, cada una de las tres personas divinas está cercana a ti hasta el punto de que habitan en el corazón del justo, del hombre, de la mujer que vive en gracia, ¡sí!, la misma vida de Dios. El Señor habla de un don que recibe el hombre, un don que permaneciendo dentro del hombre se convierte en fuente que nos hace vivir vida eterna ya aquí en la tierra, anticipadamente, ¡impresionante!

Y por eso el Señor nos habla de la vida que sueña el hombre, abre tu corazón a recibir lo que sólo Dios te puede dar, ¡ábrelo! Abre a recibir la vida de Dios y empezarás a vivir un recorrido donde esa vida te transformará a imagen y semejanza de Cristo, por obra y gracia del Espíritu Santo y entonces empezarás a adorar al Padre en Espíritu y en Verdad.

La vida cristiana brota a partir de un encuentro, un encuentro que lo cambia todo. Cuando te conocemos, Señor, todo es distinto; **el encuentro contigo nos llama a vivir compartiendo la vida, conviviendo, siendo uno, descubrirte enamorado de mí, con deseo de vivir juntos para toda la eternidad, descubriendo que no hay que esperar al cielo para que esto comience a vivirse aquí en la tierra, es verdad que se vive en fe y en carne mortal ahora, pero en esencia es lo mismo, es vivir la vida contigo.**

Y de este encuentro brota un camino, un camino guiado de tu mano, guiado interiormente por el Espíritu Santo, un largo camino que nos transforma hasta ser plenamente divinizados y desde ti nos lleva hacia todos los hombres, porque tú nos llamas a vivir una comunión en lo profundo de la Trinidad.

Oración: Enséñame, Señor, a saber que estás siempre a mi lado, paciente y sediento, que estás siempre deseando que te abra la puerta de mi corazón.

Sabes Señor que he descubierto que nunca es tarde, que en el momento en que se abre la puerta se inicia el camino y tú te olvidas de lo que está atrás, que nada es imposible para Dios cuando te dejamos entrar y ponemos nuestra vida en tus manos.

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

S. Agustín, *Comentarios sobre el Evangelio de San Juan 15,5-6.9-12.*

“Jesús, pues, fatigado del viaje, se hallaba así, sentado, sobre el brocal del pozo. Era aproximadamente la hora sexta. Ya comienzan los misterios. Pues no en vano se fatiga Jesús; no en vano se fatiga la Fortaleza de Dios; no en vano se fatiga Aquel que nos restablece cuando nos hallamos cansados; no en vano se fatiga Aquel cuyo abandono nos fatiga y cuya presencia nos fortalece. De todos modos, Jesús se fatiga; y se fatiga del viaje y se sienta; y fatigado se sienta en el pozo, a la hora sexta. Todo esto quiere sugerirnos algo, quiere indicarnos algo, reclama nuestra atención y nos invita a llamar. Ábranos a mí y a vosotros quien se ha dignado exhortarnos con estas palabras: Llamad y se os abrirá (Mt 7,7). Jesús se ha fatigado en el viaje por ti. Vemos que Jesús es la fortaleza y le vemos débil, le vemos fuerte y le vemos débil. Fuerte porque en el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios. Ella estaba al principio en Dios. ¿Quieres ver la fortaleza de este Hijo de Dios? Todo fue hecho por ella y sin ella nada se hizo; todo lo hizo sin cansancio alguno. ¿Quién es más fuerte que el que hizo todas las cosas sin cansancio alguno? ¿Quieres conocer ahora su debilidad? La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1,1.3.14). La fortaleza de Cristo te hizo y su debilidad te rehizo. La fortaleza de Cristo ha llamado a la existencia a lo que no existía; la debilidad de Cristo ha impedido que se perdiese lo que ya existía. Con su fortaleza nos creó, con su debilidad nos buscó...

¿Por qué, pues, era la hora sexta? Por hallarse en la sexta Edad del mundo. El evangelio cuenta como primera hora la primera edad del mundo, que va desde Adán hasta Noé; la segunda, la que va desde Noé hasta Abrahán; la tercera, desde Abrahán hasta David; la cuarta, desde David hasta la transmigración a Babilonia; la quinta desde la transmigración a Babilonia hasta el bautismo de Juan; de él parte la sexta que es la actual. ¿De qué te extrañas? Vino Jesús y, humillándose, llegó hasta el pozo. Llegó fatigado, porque lleva sobre sí el peso de la débil carne. Era la hora sexta, porque estaba en la sexta edad del mundo. Llegó hasta el pozo, porque descendió hasta lo profundo de nuestra morada. Por eso se dice en los Salmos: Desde lo hondo he clamado hacia ti, Señor (Sal 129,1). Se sentó, ya lo he dicho, porque se humilló.

Y llega una mujer (Jn 4,7). Es figura de la Iglesia, aún no justificada, pero a punto de serlo: éste es el tema de conversación. Viene sin saber nada, encuentra

a Jesús y Jesús trabó conversación con ella. Veamos sobre qué cosa y con qué intención. Llega una mujer de Samaria a sacar agua. Los samaritanos no eran judíos, sino extranjeros.

Está lleno de significado el hecho de que esta mujer, que figuraba a la Iglesia, procediese de un pueblo extranjero para los judíos; en efecto, la Iglesia se formaría de los gentiles, que los judíos tenían por extranjeros. Escuchemos, pues, nosotros mismos en su persona, reconozcámonos en ella y en ella demos gracias a Dios por nosotros.

Vino, pues, a sacar agua. Había venido solamente a sacar agua, como suelen hacerlo los hombres y las mujeres. Le dice Jesús: Dame de beber. Los discípulos habían ido a la ciudad a comprar alimentos. La mujer samaritana le contestó: ¿Cómo tú, siendo judío me pides agua a mí que soy samaritana? Los judíos, en efecto no tienen buenas relaciones con los samaritanos (Jn 4,7-9). He aquí la prueba de que los samaritanos eran extranjeros. Los judíos no se sirven jamás de sus cántaros, y como ella lo llevaba para sacarla, se extraña de que un judío le pidiese agua, ya que los judíos no suelen hacerlo. Pero, en realidad, quien le pedía de beber, tenía sed de la fe de aquella mujer. Jesús le responde y le dice: si conocieses el don de Dios y quién es el que te dice: «Dame de beber», seguramente se lo hubieras pedido tú a él y él te hubiera dado agua Viva (Jn 4,10). Pide agua y promete agua. Se manifiesta como necesitando recibir y al mismo tiempo como desbordante para saciar. ¡Si conocieses el don de Dios! El don de Dios es el Espíritu Santo.

Todavía le habla Jesús veladamente, pero poco a poco va entrando en su corazón”.

S. Clemente de Roma-Carta a los corintios, VII-X; XIII.

“Amados, esto lo escribimos no sólo para amonestaros sino para recordárnoslo a nosotros mismos, pues estamos en la misma arena y nos apremia el mismo combate. Por tanto, abandonemos las preocupaciones vanas y necias y recurramos a la gloriosa y venerable regla de nuestra tradición. Y veamos qué es lo bueno, qué lo agradable, qué lo aceptable en presencia de nuestro Creador. Fijemos los ojos en la sangre de Cristo y conozcamos qué preciosa es a Dios, su Padre, pues, al ser derramada por nuestra salvación, llevó a todo el mundo la gracia de la conversión. Recorramos todas las generaciones y conozcamos que de generación en generación el Señor ofreció ocasión de conversión a los que deseaban convertirse a Él. Noé predicó conversión, y los que le obedecieron se salvaron. Jonás anunció a los ninivitas destrucción; pero

éstos, arrepintiéndose de sus pecados y elevando súplicas a Dios, se hicieron propicios y alcanzaron salvación, a pesar de que eran extraños a Dios. Los ministros de la gracia de Dios hablaron por el Espíritu Santo de la conversión, y el mismo Señor de todas las cosas habló de la conversión con juramento: Pues vivo yo -dice el Señor-, no quiero la muerte del pecador, sino su conversión (...). Así pues, queriendo que todos los que son objeto de su amor tengan parte en la conversión, lo estableció con su omnipotente voluntad. Por tanto, obedezcamos su magnífico y glorioso designio y caigamos de rodillas suplicando su misericordia y sus gracias, dejando a un lado las preocupaciones inútiles, la contienda y la envidia que conduce a la muerte. Pongamos nuestros ojos en los que de una manera perfecta sirvieron a su magnífica gloria. Tomemos a Henoc que, hallado justo en la obediencia, fue transformado sin que su muerte se haya descubierto. Noé, encontrado fiel por su servicio, proclamó al mundo la regeneración y, por su medio, el Señor salvó a todos los animales que, en concordia, entraron en el arca. Abraham, llamado el amigo, fue hallado fiel por haber sido obediente a las palabras de Dios. Aquél, por obediencia, salió de su tierra, de su parentela y de la casa de su padre para heredar las promesas de Dios después de haber abandonado una tierra pequeña, una parentela débil y una casa insignificante. Así pues, hermanos, tengamos sentimientos humildes, y desprendiéndonos de toda jactancia, vanidad, insensatez e ira y hagamos lo que está escrito (...), recordando sobre todo las palabras del Señor Jesús que habló para enseñar la benignidad y la paciencia. Pues dijo así: Apiadaos para que vosotros halléis piedad; perdonad para que os perdonen. Como vosotros obréis, así se obrará con vosotros. Como deis, se os dará. Como juzguéis, así seréis juzgados. Con la bondad con que obréis, se obrará con vosotros. Con la medida que midáis se os medirá. Con este mandamiento y estos preceptos fortalezcámonos para caminar en obediencia a sus santas palabras, con sentimientos de humildad.

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

Mi querido amigo, casi sin darnos cuenta estamos en el tercer domingo de Cuaresma. Un domingo presidido por la sed que Dios tiene de ti y de mí. Jesús tiene sed de la sed que nosotros tenemos de Él.

Nos encontramos inmersos en la Cuaresma, y conforme avanzamos en el camino hacia la Pascua, me doy cuenta cada vez más de lo mucho que nos falta para tener un corazón verdaderamente convertido al Señor. Una y otra vez me repito las palabras del salmo de este domingo: Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: *No endurezcáis vuestro corazón*. A uno le brota espontáneamente el rechazo al comprobar la dureza de corazón del pueblo elegido en el desierto; sin embargo, basta un momento de reflexión para darse cuenta de que la situación de nuestro corazón a menudo no está muy lejos de la de aquellos israelitas por los que tuvo que interceder Moisés para que Dios obrara el prodigio de hacer manar agua de la roca. Estamos, querido hermano, muy necesitados de conversión. Esto, no obstante, no debe desanimarnos. ¡Qué consuelo ha supuesto para mi pobre alma la lectura de la carta a los Romanos! Es un texto que rezuma optimismo, y la Iglesia, en su sabiduría, nos lo sitúa en este momento crítico para recobrar fuerzas en nuestro camino penitencial. La esperanza no defrauda, nos dice el Apóstol: *porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado*. Estas palabras han venido a recordarme el inmenso don que recibimos en el Bautismo, por el cual, sin mérito alguno por nuestra parte, fuimos incorporados a la vida íntima de Dios gracias a la obra de salvación realizada por Cristo. Quizás, por estar tan acostumbrados a ello, se nos olvida con frecuencia que nuestra mayor grandeza es la de ser cristianos, bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esta es la fuente de la que brota todo lo demás, hasta configurar una vida entera en el amor.

Hoy quiero pedirte encarecidamente que tengas presentes en tus oraciones a tantas y tantas personas que desarrollan su vida luchando por la consecución de sus más profundos anhelos y esperanzas.

No dejes de rezar por todos los enfermos que nos han encomendado y por las familias de los recientemente fallecidos.

Un abrazo, Doroteo

P. D: ¡Persevera!